

MARCELO COHEN

RETIRO. LA ESTACION

De vez en cuando, para plasmarse en una entidad manejable, uno se pone a fijar los resbaladizos contenidos de la conciencia en listas de máximas. Lo que resulta son unos breviaros que hacen de mojones, capital de experiencia e instrumental ético para seguir avanzando por la senda única de la vida. El encargado de formularlos es el Locutor Interior que todos tenemos implantado en la cabeza. Hace unos días, por ejemplo, mi Locutor Interior, seguramente motivado por el Bicentenario de la Patria, vertía sus últimos corolarios sobre la identidad, la independencia, la pertenencia, esas cuestiones:

No hay ninguna afirmación de independencia que me libre de estar constituido por los otros. Soy una figura pasajera surgida de un montón de circunstancias, un nodo en una trama de relaciones que se tejió espontáneamente, y que tal vez mis decisiones ayudaron a modelar.

Y también decía cosas como: *Lo más difícil de practicar y lo más urgente de aprender es la paridad. Frente al otro, uno casi siempre se coloca por arriba o por debajo. Estamos poseídos por la pauta de la carrera, todos, y en raros instantes nos volvemos reales.*

No hay realidad sin participación, agregaba yo.

Correcto. En todo caso no incorrecto, como pretensión. Y musical. Salvo que de repente, cuando uno se dispone a paladear un fruto de años de meditación, un ser querido le hace un reclamo más o menos inaceptable, o un pedido de aclaraciones, y el diálogo entre pares deriva en una batalla ruin. Como alegorías apolilladas, entran en escena Arrogancia, Sarcasmo, e linsinuación Venenosa. Una día sucede esto; uno ofende a un ser querido, y encima se olvida de prever la réplica:

¿Pero vos quién te crees que sos?

Otra vez. Otra vez. He sentido el dardo de esta intimación en varias etapas de la vida. En la mente la frase se inscribe con los dos signos enfáticos, de pregunta y de admiración, y es hiriente y oprobiosa. Se descalabran el ser cívico, el ético y los demás.

Porque, seriamente si es posible, ¿quién me creo que soy?

Así uno caen en la espesa retórica de la identidad, para la cual, como se sabe, hay no pocos antídotos terminantes. Tomemos el de Bataille, por ejemplo: “Yo no soy, tú no eres, en los vastos flujos de las cosas, más que un punto de parada favorable a un resurgir.”

Bien. Pero esa tarde en concreto, ¿quién cuerno me creía yo que era? Disculparme con el ser querido era tan insuficiente y tan poco tranquilizador como *ofrecer una satisfacción*. El raudo paseo por las variantes de la mística y el nihilismo se resolvía en unas dramáticas ganas de estallar. ¡BUM! Terminar con la carga de ser consecuente, con las causalidades inventadas, con la necesidad de certidumbre. Reventar la cáscara de la persona. Hacerme añicos de mí y que en el aire libre la vida de la acción encaminada y productiva, del dominio y la rigidez, delatara su condición esclava, las ataduras del miedo, su falta de inteligencia.

El asunto se ponía peligroso. El gas de los enigmas se recalentaba.

Como otras veces en mi vida fui a aquietar la cabeza a Retiro, el santuario de la vida en tránsito.

Y ahora los verbos de esta historia cambian de tiempo.

Acá estoy, en un vendaval de presente.

Entre las opulentas torres de grandes hoteles y consorcios globales, las grúas del puerto como saurios descarnados, las horas canónicas del trabajo, los magnolios de la plaza San Martín y el amasijo cubista de la villa 31, asediadas por el jadeo de camiones y colectivos que atacan al ritmo de los semáforos, por el periódico derrame de peregrinos, se alzan las tres estaciones de ferrocarril de Retiro. Los 21 metros de cedro canadiense del totem kwakiutis --águila, león marino, nutria, ballena, castor, pájaro y hombre— las protegen de los malos conjuros; el lánguido gong de la Torre de los Ingleses escande el tiempo. Mirando de frente a las fachadas, las tres estaciones se suceden de menor a mayor.

Primero la terminal del ferrocarril San Martín, con su tejado de chapa acanalada y su vestíbulo somero. Contra una pared lateral, algo oculto pero bruñido hasta lo cegador, está el busto de nuestro prócer supremo. Cerca de él, sentadas en el suelo contra el tabique trasero de un puesto de pochoclo llamado Quick Soft, entre remolinos de migas y hojas de diarios, cinco mujeres despatarradas chismorrean sobre hijos y vecinos mientras clasifican montones de

monedas; parecen una alegoría de la inmemorial obsesión de la cultura porteña por el cambio.

Saliendo por la puerta lateral del oeste, a ochenta metros por la calle atestada, familias rodeadas de bultos y sentadas en cajones se encorvan a la entrada del ferrocarril Belgrano. El edificio es una suntuosa sobriedad de mármol y hierro forjado, con columnas esbeltas, con una luz de mescalina que entra por los vidrios del techo y envuelve los humos azules de hamburguesa y carbón de asar tortillas. Ciclistas de a pie empujan sus rodados rumbo a los andenes sorteando viandantes aturdidos. El ring de un celular sobresalta la cola del negocio de lotería. Una mujer rompe un boleto y los fragmentos caen como mariposas. El pulso en el vestíbulo es denodado y contenido; pero en la calle, entre las terminales, el mundo de las necesidades y las persuasiones chisporrotea sin fracturas ni desmayo.

Cabinas telefónicas. Grandes rebajas en bolsos, mochilas, botecitos y piscinas inflables. Cosmos de chucherías o prótesis salvadoras en tiendas formales, cabinas desvencijadas o mesas de caballete a la intemperie. Socorro instantáneo: linternas, enchufes, imanes, pinzas, destornilladores; luego harinas, aceites y granos, outlet de falsas zapatillas Addidas y genuinas zapatillas Mark Barrin, guiños de muñequitas, neones para peceras, suministros electrónicos (celulares, mouses, motherboards, monitores, baterías), y al lado, disputándose el espacio vital de la tentación, amplia gama de gorras para dama o caballero y más amplia de anteojos de sol. Alivio para el afligido en la farmacia del Doctor Ahorro. Chance de vestirse de pies a cabeza: remeras, vaqueros, polleras, pantalones de frisa, algodón o poplín, chombas, buzos de polar, prendas infantiles, sandalias, alpargatas, botines, escaarpines, y por añadidura corpiños, bombachas, combinaciones, calzoncillos. En una esquina, policromía vegetal en un vivero en miniatura: verdes de bambú, culebrilla y helecho se codean con claveles rojos, fresias glaucas, nardos rosados, crisantemos, alhelíes, naturales unos, otros de plástico, entre los cuales pícaros ositos de fibra parpadean a los transeuntes de caras bálticas, guaraníes, yorubas, caucásicas, manchurianas, aymaras, de caras semíticas y mediterráneas y caras de bisnieto de esloveno jaspeadas de rasgos ranqueles. Muchos curiosocean, algunos compran, demasiados no tienen tiempo. Patovicas, vampiresas de hombros de ópalo, atletas de tórax avieso, enconadas pizpiretas de rimmel incólume, lisiados, viejos claros de aceptación y

tecnoprimitivos con ipod y camiseta de fútbol, el bolso laboral terciado a la espalda, pululan entre pirámides de chipá, bolsitas de garrapiñada caliente, choripán, devedés de *Crepúsculo* y *Transformers*, cedés piratas de Arjona y Beyoncé, Damas Gratis y Bersuit, termos, jaboneras, cuadernos para escolares, y casi todos, se paran, para aviarse de la refacción portátil o el capricho delicioso – Biznike, Fanta, Jorgelín, barra de cereales, Oreos o nacho sabor gruyere—, en alguno de los omnipresentes maxiquioscos. De este planetario de la humildad mercantil, la gran celebración son los nombres de los comercios. Sabores Ojos azules. Camperas Stay with me. Sánduches La Martina. Cigarrería San Diego. Quesos y fiambres La Gran Vía. Panadería Juanito. Panqueques y panchos Discapanch, local atendido por personas discapacitadas. Helados New Cream. Un himno que este mundo de tres manzanas canta al planeta entero que él mismo contiene.

A todo esto uno ha llegado a una ancha entrada para peatones y coches, sorteando los taxis, y cruzando uno de los umbrales, después de rodear el óvalo de las boleterías, se encuentra en la majestuosa estación principal, en un espacio indeciso entre un quiosco de prensa con una desafortunada exposición de revistas porno y las mejores pero algo deslucidas fotos de Linda Thoren o Jessyca Jaymes, la escalera que baja al subterráneo y el extremo oriental del edificio, donde el pasaje a los baños públicos linda con un rutilante plotter de platos especiales del bar Fincadella: una vaporosa tortilla de papas, un pez de hojalata con verduras humeantes, un bife de chorizo con hoyuelos húmedos, todos tan succulentos que el apetito no sabría decidirse, llegado el caso. Desde acá al extremo oeste de la nave central hay más de cien metros de largo, treinta de ancho y veinticinco de altura para la liturgia del tránsito.

Esto es la estación del Ferrocarril Mitre, cuyos trenes llevan al norte del cinturón urbano de Buenos Aires y la boca del delta del Paraná. Nunca remozada totalmente, vive como una venerable copia de las soberbias estaciones europeas del siglo diecinueve, cuando el ferrocarril encabezaba la marcha de la historia hacia delante y prometía reducir las naciones a juguetes trascendentes. En este rincón de Latinoamérica, como se sabe, la marcha adelante es penosa; dado el desinterés de consorcios y gobernantes por los viajeros, vías, estaciones y sobre todo vagones son hoy envases móviles de roña, paliza física e imprevistos humillantes. En la crueldad cotidiana del transporte culmina la división de clases.

Sin embargo en Argentina la sociedad guarda un resabio de la vocación de los viejos inmigrantes por mezclarse, llegado el caso reunirse, cierto que pasajeramente, y la estación Mitre es uno de los templos de esa porfía. El techo es alto y enarcado, con molduras y tragaluces de paneles pequeños. Lámparas cuya luz se hace verde en las baldosas cuelgan de cadenas negras, a distancias regulares, dejando el centro del aire para el reloj, rey de las estaciones.

Pedazos disociados de mi biografía se aglomeran cada vez que vengo a este lugar, para dispersarse alegremente no bien me voy. Estuve aquí de chico con mis padres, esperando el tren que nos llevaba a picnics junto al río. De adolescente, cuando el sábado al amanecer robaba tiempo para escaparme a remar entre las islas de San Fernando. De joven, camino a una reunión política en Victoria o la casa de una novia en Florida. He tomado aquí el tren, sólo para ver la estación, cada vez que venía desde mi vida en España a ver a mi madre. Paso ahora todas las veces que puedo, y en mi cabeza se desata sola la alabanza de la vida astillada. Se diría que las peripecias del consumo capitalista empobrecido, la mezcla de olores, la plétora de sobras y de mugre, los estertores del pop de purpurina no la han estropeado; al contrario, en la estación Mitre olores de vainillina, orégano, grasa vacuna, mostaza, sudor, pata, extractos, colonias y aromatizadores, café y maíz tostado, ruidos, musiquitas, objetos en venta y ciudadanos son un continuo con el lenguaje que procura representarlos. Aquí va la gente: el mayorista de ropa regateando por teléfono, la vendedoras de regalos que taconeá mordisqueando una medialuna, la doméstica experta en borrar del ojo interior el recuerdo de los baños que ha limpiado, el agitador de banderitas para estacionamiento, espías, libreros, estilistas, acompañantes terapéuticas, asistentes de reparto de soda, intermediarios futbolísticos, telefonistas de call center, lavaplatos, responsables de relaciones públicas, proctólogos, juristas, mantenedores de redes informáticas, masajistas, plomeros, importadoras de telas para tapicería, asesoras de diputados, barrenderos, cocineras, pequeños fabricantes de cerveza artesanal, ajedrecistas, alergólogas.

Bien, hay que parar. Es difícil decidir dónde. Este es el consabido castigo del narrador, la obligada mutilación del mundo infinito, especialmente duro acá porque, para que Retiro surta efecto, hay que prodigarse en nombrar todo lo posible. En seguida, aunque de todas maneras tarde, uno comprende que ha prejujuado, que le ha infligido a cada individuo una definición que lo cristaliza,

cuando en realidad todos siguen pasando, son nada más que pasajeros, y aquí la multitud que la gestión mercantil del deseo condena a ser masa se pulveriza en criaturas; cuando aquí el tránsito se manifiesta como condición originaria del ser, y a la vez como elegía a esa condición. Pero lo mejor es que no pasan de ida y vuelta sobre una sola dirección, sino en todos los sentidos, ofreciendo al que se cruza la frente, el perfil de lleno o sus tres cuartos, un hombro u otro, la espalda y hasta un poco de trasero si el pantalón es de tiro muy corto, el pecho erguido o cóncavo, la marca de vacuna en el brazo. En cuanto a los andenes, dejémoslos de lado: ahí todo se encarrila cuando el pasajero sube al tren, camino a uno cualquiera de muchos suburbios, o cuando baja y pone rumbo directo a su cometido. Pero en el hall central de la estación hay un paréntesis de desorden. Y en un costado del hall yo me he meto en el bar Vickin II. No voy a preguntarme ahora dónde estará el Vickin I. Este, casi todo de vidrio, ofrece vista panorámica. Enfrente tengo el cartel principal del quiosco Pancho Beat. Sobre la tripa sintética de una inmensa salchicha bratwurst amarillean unas tenias que tardo en reconocer como papas fritas. A los lados del quiosco veo una chica con pelo rasta ordenando una mochila, un viejo acalorado gesticulando cerveza en mano, veloces señores trajeados camino al andén, señoras tirando de valijas, y a todo esto se superponen, reflejados en el vidrio del bar, una pareja de jóvenes, él con uniforme de marino, ella toda crucifijos y ropa negra, dos muchachas que se acarician las manos entre copas de vino blanco, un caballero inmóvil cuya tintura de pelo gotea, otro de canas prematuras que lee la revista *Lucha Armada*, el mozo, el cajero y cuatro amigos de edad, como cuatro puntos cardinales del compuesto sociorracial, en tertulia que en este momento trata los méritos de Barbara Streissand, y el murmullo de las conversaciones se funde con los ruidos de la estación, pasos, toses, motores, bocinas, y el ensemble es la banda sonora de una nube de imágenes desunidas, pero al fin sucumbe a la violencia soterrada de otro ruido. Es un ruido que viene de mi cráneo.

Es el zumbido del mundo ordenado. ¿Por qué no paro? Seguiría dando rienda a la voracidad de describir si no fuera porque el que escuche esto querrá una conclusión, un asomo de sentido. Pero la descripción es el placer, el deber y la condena del relato. Es el sueño de alcanzar una forma que no traicione la realidad, cuando, por desgracia, la compulsión del hombre a ordenar las cosas y clasificarlas es irreferenable. Sin embargo aquí en Retiro la realidad tiende a la

revuelta; veo los detalles pero también el fondo único previo a las diferenciaciones. Nunca paramos de ordenar las cosas y los seres, de decir Este así y Aquel es así; pero ese mundo ordenado no es el verdadero orden del mundo. El orden del mundo, el que el mundo tiene por cuenta propia, es ajeno a los nombres. Acá en Retiro aflora, si uno quiere percibirlo: es intensidad; absorbe, abrasa, y aunque el momento en que lo percibimos dura poquísimos, a la larga es imborrable.

Nada de esto es seguro. Podría ser una quimera o una extravagancia.

Más cierto parece que el mundo ordenado (por nosotros) es la fuente y la partitura de este ruido que me está sonando en el cráneo y tapa el sonido inefable de la realidad. En el mundo ordenado puedo entenderme con otros, pero difícilmente me encuentre verdaderamente con alguien. Una que otra vez, como ahora desde el Vickin II, vislumbro el orden del mundo y casi alcanzo a escucharlo.

He aquí por qué vengo a Retiro. Vengo a confirmar que *somos muchos*.

Es incontrastable. Somos muchos y estamos unos con otros. La frase no es mía; viene de *Of Being Numerous* un poema de George Oppen. *Acerca de ser numerosos*. Siempre me pareció que ese título dice dos cosas: una, que vivimos con los demás, que el hecho de estar en un lugar y con otros es nuestra única esencia palmaria; pero también que una buena manera de asimilarlo es considerarse no una personalidad sino una asamblea de personalidades, a veces muy encrespada, con discrepancias, disidencias, enfrentamientos tibios o sañudos. Lo peor es cuando alguna facción entera abandona la sala.

Pausa en la estación. ¿Qué es este entusiasmo? Suele sucederme acá. Es como si me estuvieran a punto de darme algo que nunca he tenido y me conviniera recibirlo sin preguntar quién lo da. Una sensación de hospitalidad, de vinculación, de que la habitual aspiración de otra vida quiere resolverse en el saludo a esta, la que tenemos.

Al ratito la pausa se cierra. Abruptamente. Y, como siempre, lo más importante se me escapó. Allá se aleja, eso que parecía una revelación, y en su lugar, como hermosos impedimentos, reaparecen el blablá. La vida así, tal como se nos da, la vida a la durante toda la vida uno procura asentir, está parcelada por las palabras, que por otra parte son lo único que tenemos para acercarnos. En esa tautología vivimos. La confirmación de que somos apariencias, incluso ilusiones

consolidadas por la vida en común, no desmiente que nos situamos unos frente a otros cada uno con su incorregible aparato de discernimiento.

Aquí está la estación Retiro, al otro lado y dentro del vidrio del bar Vickin II, y en mi cabeza lo que yo debería llamar *el- Retiro-en-mí*. La verdad, nada me permite reconocer al santo detrás de esa cara de hipopótamo ni al apropiador de bebés en esas manos de tallador de diamantes. Pero no por eso estoy condenado a sospechar.

Ninguna revelación. Ya conozco el reto. Es de orden político. Se dice que las comunidades auténticas, donde el hombre no es lobo para el hombre, no surgen primariamente de sentimientos de interés mutuo, sino de la relación viva y recíproca de todos los miembros con un centro viviente, lo que avalará que todos estén en relación viva y recíproca entre sí. No me convence del todo este enfoque. Seguimos viendo cómo la relación con un centro viviente tiende a convertir ese centro en fundamento, cómo el fundamento se plasma en la obligación de mantenerlo, alimentarlo y hacerlo crecer, cómo se vuelve mito, esencia colectiva, porvenir, historia, esfuerzo de consumación, guerra contra los que quieren otras consumaciones. No. Una comunidad auténtica se basa en la asimilación de que los hombres se juntan porque les falta algo, básicamente una sustancia, porque se mueren en siete o nueve décadas, porque la presencia del otro modera el miedo al final. Una comunidad genuina sólo puede sustentarse en el asentimiento al hecho puro de que no podemos ser sino con otros, que existen el nacimiento y la herencia, que por lo tanto aislarse es una imposibilidad medular, y de que el resto, proyectos y destinos comunes, es máquina retórica.

Termina la revelación. Vuelve el tosco mundo de las necesidades.

Las ocho de la noche. Acá el trajín no ha decaído tanto.

Es hora de un epílogo.

¿Y entonces? ¿Quién te crees que sos? La pregunta me ha estrellado contra la realidad del desorden, incluida su gloria. De la realidad del desorden intenta ocuparse la literatura que importa, o sea la literatura. Si un narrador titubea frente a la política no es porque él esté libre de violencia, sino por aversión a los conceptos, a la razón conceptual con que el político normaliza la violencia, a la simplificación y las pretensiones totalizadoras. Cuando quiere acercarse a un amigo abrumado, le cuenta qué le pasó a él o a un personaje de novela en una

situación parecida. O lo inventa. Y no es cuestión de escritores: difícilmente haya participación sin relatos.

De modo que necesitamos argumentos. Necesitamos condiciones y protocolos para propiciar la invención, la extensión y el desarrollo del argumento. Más todavía, necesitamos evadirnos. Esto que forjan los relatos a mano no es la realidad. Hay que soldar la tramposa grieta entre razonamiento e imaginación. No creo que en la literatura haya pocos temas, como *amor, muerte, poder, hubris, fortuna*, etc. Aquí estoy en Retiro. Si uno se atiende a los saltos y desvíos de cualquier historia personal, a la ampliación constante del horizonte de conocimientos y actitudes, a la danza de las apariencias y sus relaciones, sobre todo a las relaciones, de las relaciones ve nacer objetos nuevos y la gama de acontecimientos se ensancha. Velocidad-y- catástrofe, por ejemplo, no empezó a ser un tema hasta que en el siglo XIX aparecieron los trenes.

Ahora entiendo algo mejor por qué vengo a Retiro, y por qué este rodeo. Necesitamos argumentos capaces de fundir el incidente súbito, el episodio ajeno, el detalle de lo real en dispersión y la fractura del momento como impulso de una nueva dirección que no estaba prevista cuando se empezaba a contar. Prendas de intercambio, respuestas a la tribulación, la curiosidad o la duda del que acaba de contar algo y, con suerte, cada uno umbral de un relato más. Y despreocupémonos si no son formativos y parecen poco formales. Basta esperar unas horas para que el fárrago primordial de la estación se defina en una silueta. Después se descompone; más tarde las palabras la conformarán otra vez. Esto no cesa. Amorfo es sólo algo cuya forma todavía no concebimos.

Marcelo Cohen